

¿Por qué se mueve la gente en América latina?

Juan Bautista Lucca

“When *things happen within a sequence affects how they happen*”

Charles Tilly. 1984:14

Si partimos del epígrafe que abre este ensayo, y tenemos en cuenta los recientes desarrollos sobre la creciente protesta social en América Latina, toda respuesta acerca de por qué se mueve esta gente apunta a tener en cuenta *cuando* la gente se encuentra posibilitada a manifestar su demanda, hacer explícito su agravio, a plantear un discurso común que de manera performativa aliente al cambio de una situación dada.

En esta senda que entronca el impulso vital al movimiento con el momento en el que acontecen las cosas nos encontramos con el aporte del sociólogo francés Michel Dobry (1988), quien desde un enfoque socio histórico que sopesa los momentos de continuidad (coyunturas rutinarias) por un lado, y de cambio (coyunturas críticas), por el otro, termina concluyendo que es justamente en los momentos de mayor fluidez cuando se produce la transformación y discontinuidad de los ritmos sociales y políticos, convirtiendo a estas coyunturas en “momentos de verdad”, en acontecimientos de cambio, en instancias en las que las movilizaciones y prácticas de diversos actores se ponen en juego.

Ahora bien, una de las respuestas mayormente extendidas en la academia que liga la acción colectiva, con el debate en torno a los movimientos sociales y el énfasis en el momento de la acción es la propuesta de Sydney Tarrow (1997) con su concepto de *Estructura de Oportunidades Políticas* (EOP), perspectiva según la cual existen elementos estructurales que determinan las posibilidades de acción, y en particular nos ayudan a dar respuesta al interrogante en torno al cual se estructura nuestro ensayo *¿porqué se mueve la gente?*

Tarrow apunta principalmente a aquellos elementos contextuales en los que opera la movilización social (y no, como veremos luego, lo que le da consistencia interna a la protesta), que dependen principalmente, en primer lugar, del *world time*, o coyuntura internacional, tal y como puede verse ejemplificado si tenemos en cuenta “el retorno del indio” durante la década de los noventa, entendido como el crecimiento de los planteos, movilizaciones y protestas que tienen en el componente indígena su núcleo sustantivo. Este *ritornello*, desde la perspectiva de Tarrow, puede ser entendido por la acumulación y retroalimentación de coincidencias globales de diversa índole, que van desde la caída del comunismo y por ende el fin del clivaje clasista como articulador de los grupos sociales imperantes en América Latina, la Convención 169 de la OIT en 1989, la celebración de los 500 años del descubrimien-

to de América, la asignación del premio Nóbel a Rigoberta Menchú, la movilización del EZLN en Chiapas, o la formación de partidos de tipo étnico principalmente en la región andina, solo por poner algunos ejemplos variopintos (Maiz, 2005:9-11).

Un segundo elemento de la EOP alude al *acceso a las elites políticas por parte de aquellos que se movilizan*, aspecto de tipo relacional que nos dice en qué medida la estructura imperante se vuelve una oportunidad o no, gracias a la aceptación, prescindencia o coacción por parte del poder estatal a cualquier intento de protesta o movilización.

Un ejemplo contemporáneo de claro acceso a las elites políticas por parte de aquellos que se movilizan puede verse fielmente retratado en la relación establecida entre la Asamblea Ciudadana Ambiental de Gualeguaychú, el gobierno local, provincial y nacional en Argentina en torno al conflicto de las papeleras con Uruguay. Quienes se movilizaban, no solo contaban con el *world time* de llevar adelante una protesta de tipo ecológica apoyada por Redes Internacionales de Defensa (Sikkink y Keck, 1998) como Greenpeace, sino también el rápido y fácil acceso a las diversas instancias de gobierno (al menos entre 2003 y 2007) ya que, en el plano local el gobierno municipal no podía contrariar una protesta aceptada y apoyada por toda la ciudadanía; en cuanto al gobierno provincial, este consideraba válida la protesta (y la alentaba) porque la consideraba como una oportunidad de incidir en la asignación territorial del poder en una ciudad como Gualeguaychú, que en los últimos años había sido uno de los ejes de mayor crítica al gobierno bustista y, por último, la Asamblea contaba con el apoyo del gobierno nacional ya que este buscaba apoderarse del impacto mediático de la protesta a los fines electorales (Pinillos y Lucca: 2007).

Ahora bien, este argumento del acceso a las elites no solo debe pensarse de forma exclusiva para aquellas movilizaciones sociales de nuevo cuño (que en general entraron en la escena política a partir de la década del setenta, con movilizaciones ecologistas, de género, entre otras), sino también para los “antiguos” movimientos sociales al decir de Claus Offe (1993), siendo un claro ejemplo al respecto la cercanía o no que pueden establecer los sindicatos (que fueron uno de los actores de protesta social durante gran parte del siglo XX en América Latina) y el gobierno de turno, dependiendo del sesgo ideológico de este último, ya que, como señala el sociólogo brasileño Leôncio Martins Rodríguez (1999:233), en general los partidos de izquierda en el poder, “tendem a promover legislações que favorecem aos sindicatos, (já que os) partidos de direita tendem a baixar leis que reduzem o poder sindical”.

Por último, Tarrow señala que resulta de mayor facilidad llevar adelante una protesta o movilización social en aquellos casos en los que se *dispone de aliados influyentes* capaces de minimizar costos negativos para el planteamiento del agravio que mueve a la gente, como también servir de apoyos para dotar de mayores recursos, visibilidad y potencialidad a la protesta. En este punto, más allá de actores claves como las Redes Internacionales de Defensa que señaláramos anteriormente, capaces de tomar una demanda local y dotarlas de un discurso con potencia global al que el Estado Nación no puede desoir, existe un actor que es de vital relevancia, no sólo para entender los alcances de la protesta, sino también los resultados de la misma.

Hacemos mención al rol de los medios de comunicación, ya que como señala el politólogo brasileño Luis Felipe Miguel (2003:132), “...eles detêm o quase-monopolio das representações simbólicas do mundo social; são fontes, diretas ou indiretas, da esmagadora maioria das informações de que os cidadãos dispõem para compreenderem o mundo social em que vivem”. Es decir, son capaces de conjugar y poner a la vista de todos las diversas expresiones sociales (ya sean las de protesta o de su eventual represión). En este sentido, los medios de comunicación tienen la capacidad para (re)producir la protesta social, e incluso jerarquizarlas en la agenda mediática y con ello posibilitarles entrar *per saltum* en la agenda sistémica y de gobierno (Draibe, 1992:57), aspecto que –visto desde la óptica propuesta por Catalina Smulovitz y Enrique Peruzzotti (2002)- se vuelve un mecanismo de control ciudadano.

Ahora bien, a fuerza de ser cautos con las bondades del advenimiento de la “sociedad de los medios” (Ferry, 1995) que hay implícita en la propuesta de la accountability social, cabe señalar que los medios pueden también (y es un aspecto que debe ser puesto en la balanza a la hora de pensar la incidencia de las nuevas modalidades de las protestas en el juego democrático) colocar en la arena política su opinión como actor con interés propio y por ende no solo reproducir la protesta social, sino también dotarlas de un sentido particular.

Es en este punto sobre la disputa por el sentido, inherente a la política si la pensamos en los esquemas propuestos por Norbert Lechner (1995), que la formulación inicial de Tarrow para entender porqué se mueve la gente vinculada al *cuando* (condicionantes de tipo externo) creemos nos ofrece una respuesta trunca, pues poco nos dice, por un lado, de aquello que amalgama a las partes (individuos) en un todo (colectivo) gracias a tener marcos cognitivos compartidos (Snow et al. 1986) y, por otro lado, la propuesta de Tarrow no problematiza el hecho de que muchas veces las oportunidades no son parte de un sustrato objetivo sino más bien construcciones subjetivas de los actores intervinientes (Ibarra, Goma y Marti, 2004: 35).

Ahora bien, pensar en los marcos cognitivos compartidos por los que se movilizan nos lleva a tener en cuenta el doble juego, por un lado, entre la configuración de discursos identitarios comunes entre aquellos que protestan, y la estructuración de ese discurso en el plano organizativo del movimiento social de protesta por el otro.

Si nos abocamos a pensar la (re)configuración de lazos identitarios en el ámbito de la protesta social en América Latina, un primer elemento a tener en cuenta (y que en mucho nos dice de las dolencias de la democracia en esta región) es que justamente el anhelo de inclusión (de configuración de un nosotros, de un movimiento social) se produce en el momento en el que nos vemos excluidos (en el que hemos perdido esa seguridad ontológica del nosotros); es decir, anhelamos –parafraseando a Milan Kundera- nuestra pesadez sólo cuando no soportamos más la levedad que no nos aferra a la nada y por ende nos confina a nada ser. Ello se debe, a fenómenos de diversa índole, como el fuerte proceso de individualización y nueva cultura del consumo -que desplaza la cultura del trabajo- como puede verse claramente retratado en los bajos niveles de confianza interpersonal que año a año presenta Latinobarómetro, y que N. Lechner (2005 y 1998) se encargó de abordar con profundidad para el caso Chileno.

Asimismo, esta pérdida de referencias identitarias (y por ende el alzamiento de la voz, la protesta, clamando ese vacío) se da por los desajustes que produce el pasaje de una sociedad “estado-céntrica” a una “sociedad de mercado” (Cavarozzi, 1997) tal y como puede verse retratado en el análisis que realiza Javier Auyero (2002) de los cambios en el repertorio de la protesta social en la Argentina debido a: i) la desproletarización (que coloca a los desocupados como un nuevo actor social de protesta), ii) la retirada del Estado de su función proveedora de bienestar (que el sociólogo argentino ejemplifica claramente cuando evidencia cómo las privatizaciones del sector hidrocarburos activaron nuevos focos de protesta en localidades como Plaza Huincul, Cutral-co, entre otras) y iii) la descentralización de ciertos servicios estatales como la educación o la salud (que activaron la movilización de docentes y trabajadores de la salud, como fue el caso de los maestros en San Luis, el “jeringazo” en Corrientes, entre otros).

De esta manera, el auge de la protesta social, no sólo se entiende como una resultante del contexto, sino también como un producto de la reacción de los individuos a la pérdida de sentido del mundo en el que estaban habituados a vivir, razón por la cual se ven compelidos a protestar (tal y como puede verse en el crecimiento de la protesta social en los noventa). Sin embargo, cualquier bien pensante podría señalar que develar en qué momento la ira social aparece es nuevamente un elemento de construcción, y ello es claramente cierto, aunque solo en parte, ya que más allá de los debates en torno a la espontaneidad de la protesta, es la articulación horizontal y vertical de esta identidad compartida (Auyero, 2002:199) la que permite hacer de las partes inmersas en una protesta un todo político (un actor al decir de Touraine), y por ende un vértice más desde donde pensar la representación política en estos tiempos en América Latina.

Es decir, sólo en tanto se logra articular el “*bridging*” entre los individuos y las organizaciones que llevan adelante la movilización (Snow et. Al 1986) de forma tal que aquel interiorice las pautas de conducta y cosmovisiones propuestas por ella, sólo en tanto el individuo comparta el diagnóstico del agravio, el pronóstico de una eventual acción y se encuentre por ende motivado a actuar (Maiz, 2005:24-7; Marti, 2004:92), solamente cuando logre captar el sentido de su acción dadas ciertas condiciones, habrá de moverse. Ahora bien, este proceso autoreflexivo de la acción/movilización no siempre es un dato fácilmente perceptible, ya que muchas veces los individuos se mueven (o dejan de hacerlo) de acuerdo a sus convicciones con ciertas causas, es decir jerarquizando las múltiples identidades que conviven en él, colocándose de forma alternativa en las diferentes posiciones que van desde la inactividad al total activismo (Valles, 2000:311).

Teniendo en cuenta el contexto de desigualdad que impera en América Latina, debemos reconocer que aquellos que se encuentran con mayor predisposición a movilizarse son quienes tienen resueltas gran parte de sus necesidades cotidianas, razón que ha llevado a algunos como Waldo Ansaldi (2003) a señalar que no solo nos encontramos con una democracia de pobres, democracias pobres, sino también pobres democracias.

Ello nos posiciona frente al interrogante sobre los efectos de las protestas y movilizaciones sobre la democracia en Latinoamérica, de forma tal que logremos sopesar en qué medida el

creciente accionar colectivo dentro del plano de la política no convencional (Valles, 2000) en el último tiempo ha sido una contribución, un complemento o un reemplazo al sistema convencional de representación política de la región, aspecto que nos posiciona frente a un debate contemporáneo: la “crisis de representación”. Para gran parte de los analistas, esta crisis es un estigma que se ha posado sobre las democracias latinoamericanas (Boudon, 1998; Cheresky, 1997; Ferreira Rubio, 1997, entre otros) denostando, por un lado, el desdibujamiento de los actores políticos, entre los que se destaca principalmente la pérdida de preeminencia de los partidos políticos como principales mediadores así como también las organizaciones sociales con vínculos de clase (Hagopian, 2000), reemplazados por una ola de personalización de la representación (O’Donnell, 1997); y por otro lado, la disociación del lazo entre los actores organizados, tanto en el ámbito social como político, hecho que marca – como vimos- un debilitamiento de las identidades tradicionales.

Sin embargo, siguiendo el planteo de Marcos Novaro (2000:17) creemos que “... no es tanto que la vida política y las formas de representación hayan cambiado radicalmente en estos años como que ha cambiado la forma de entenderlas y discutirlos”. Un claro ejemplo al respecto es el surgimiento de las “Agrupaciones Ciudadanas” y los “Pueblos Indígenas” en Bolivia, que desde 2003 se propusieron como estrategia para reemplazar a los desprestigiados partidos políticos de ese país, sin embargo, tal y como demuestra Jorge Lazarte (2006: 116), sólo lo han hecho en el plano nominal (cambiar el nombre partido por el de agrupación), ya que en el plano sustantivo, por ejemplo, las Agrupaciones ciudadanas poseen las mismas prerrogativas y funciones que las que se le asignan a los partidos políticos en ese país.

En síntesis, todo el desarrollo que aquí hemos llevado a cabo, lejos está de apuntalarse como un clamor de optimismo o pesimismo a los movimientos sociales y expresiones de protesta que hemos analizado, sino más bien, posicionarse como un intento aprehender las fuerzas centrífugas que recorren América Latina desde un mismo corpus analítico, de forma tal que seamos capaces de pensar el presente desde el presente mismo, el cambio desde el cambio mismo, sin que por ello perdamos el rumbo de nuestras cavilaciones.

BIBLIOGRAFÍA:

- Ansaldi, W. (2003) “*Democracias de pobres, democracias pobres, pobres democracias*”. En *Temas y Debates*. N° 6-7. Rosario.
- Lazarte, J. (2006) “¿*Son necesarios aun los partidos políticos? La alternativa de las Agrupaciones Ciudadanas y Pueblos Indígenas*”. En Domingo, P. (ed) Bolivia. Fin de un ciclo y nuevas perspectivas (1993-2003). AECI/Ediciones Ballaterra.
- Auyero, J (2002) “*Los cambios en el repertorio de la protesta social en Argentina*”. En *Desarrollo Económico*. Vol 42. N° 168. Argentina.

- Boudon, L. (1998) “*Los partidos y la crisis de representación en América latina: los casos de Colombia, México y Venezuela*” en Contribuciones. KAS/CIEDLA. Número 1. Argentina.
- Cavarozzi, M (1997), “*El agotamiento de la matriz estado-céntrica y la emergencia de la sociedad de mercado 1983-1996*”, en Autoritarismo y democracia, Editora Espasa Calpe, Buenos Aires.
- Cheresky, I. (1997) “*La declinación del compromiso político y la cuestión republicana en las nuevas democracias latinoamericanas: el caso argentino*”. En Agora, número 7. Argentina.
- Dobry, M (1988). *Sociologías de las crisis políticas*. Siglo XXI editores. Madrid.
- Draibe, S (1992) “*La reforma del Estado en América Latina. Observaciones sobre el caso brasileño*”. En Perfiles latinoamericanos. N° 1. FLACSO México. DF México.
- E. Peruzzotti y C. Smulovitz (2002), “*Accountability social: la otra cara del control*”, en E. Peruzzotti, y C. Smulovitz (editores), Controlando la política. Ciudadanos y Medios en las nuevas democracias latinoamericanas, Ed. TEMAS, Buenos Aires.
- Ferreira Rubio, D. M. (1998) “*Crisis en la relación representante/representado. El caso Argentino*”. En Representación política y democracia. C. Jackisch (comp.) KAS/CIEDLA. Argentina.
- Ferry, J-M. (1995) “*Las transformaciones de la publicidad política*” en AA.VV. El nuevo espacio público. Editorial Gedisa. Barcelona
- Hagopian, F (2000) “*Democracia y representación política en América Latina en los años noventa :pausa, reorganización o declinación*”. En López, E y Mainwaring, S. (comp.) Democracia: discusiones y nuevas aproximaciones. Editorial UNQ. Argentina.
- Ibarra, P; Gomá, R y Marti, S (2004). Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas. Icaria. Barcelona.
- Keck, M y Sikkink, K (1998) *Activist beyond borders: advocacy networks in international politics*. Ithaca. Cornell University Press. Londres.
- Laclau, E (2005) *La razón Populista*. FCE. Argentina
- Lechner N. (2005) “*¿Cómo reconstruimos un nosotros?*” En Boletín de la Revista de Desarrollo Humano (PNUD). Disponible a texto completo en: www.revistadesarrollohumano.org/boletin/nov_2005/01_nonbert.pdf
- Lechner, N. (1994) “*Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo*”, en Nueva Sociedad N° 130. Venezuela.
- Lechner, N. (1998) *Desafíos de un desarrollo humano: individualización y capital social*. Informe PNUD Chile 1998.

- Maiz, R. (2005) “*El indigenismo político en América Latina*”. Ponencia presentada en las Jornadas de Pueblos Indígenas en América Latina. Barcelona.
- Manin, B. (1993) “*Metamorfosis de la representación*”. En ¿Qué queda de la representación política?, Fernando Calderón y Mario Dos Santos (comp.). Ed. Nueva Sociedad. Bs. As. Argentina.
- Marti, S (2004).”*Los movimientos sociales en un mundo globalizado: ¿alguna novedad?*” En América Latina Hoy. N° 36. USAL. España
- Martins Rodrigues L (1999). *Destino do sindicalismo*. Udesp. Brasil.
- Miguel. L. F. (2003). “*Representação política em 3D. Elementos para uma teoria ampliada da representação política*”. Revista Brasileira de Ciências Sociais. Vol. 18. Número 51.
- Novaro, M. (2000). *Liderazgo y Representación en las democracias contemporáneas*. Homo Sapiens. Rosario. Argentina. 2000.
- O'Donnell. G. (1997). “*¿Democracia Delegativa?*”. En Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización. Paidós. Argentina
- Offe, C. (1993). *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Editorial Sistema. España.
- Pinillos, C y Lucca, J. (2007) “*Avatares de la política entrerriana a propósito del conflicto de las papeleras*” En Del Otro Lado Del Río Ambientalismo y política entre uruguayos y argentinos. V. Palermo y C. Reboratti editores-. Edhasa Argentina. 2007
- Snow, D; Burke Rochford, E; Worden, S; Benford, R (1986) “Frame alignment processes, microbobilization and movement participation” En American Sociological Review. N° 51. Estados Unidos.
- Tarrow, S (1997) *Poder en movimiento. Movimientos sociales, acción colectiva y política de masas en el Estado moderno*. Editorial Alianza. España.
- Tilly, C (1984). *Big Structures, large processes, huge comparisons*. Russell Sage Foundation. New York.
- Valles, J. (2002) *Curso de Ciencia Política*. Gedisa. Barcelona.